

el ave; el pez con suavidad mecido  
 por la mansa corriente  
 duerme en su alcázar de cristal luciente;  
 el hombre que contempla  
 su hermoso bien perdido,  
 dando alivio á la angustia de su pecho  
 halla en la triste soledad del lecho  
 el delicioso encanto del olvido;  
 hasta el sol que despierta con el día  
 ocúltase y reposa;  
 cede á la noche fría  
 su imperio, y sólo á ratos nos envía  
 sus raudales de luz esplendorosa.  
 ¿No es lícito el descanso?

—Para el ave

y el pez que viven en perenne sueño,—  
 repuso la mujer en tono grave—  
 no para el gran monarca que en su empeño  
 de la tierra y los mares se hizo dueño.  
 Jamás descansa el génio soberano  
 que con la fuerza de invisible mano  
 el corazón calienta y vivifica,  
 ni el oculto motor del Océano  
 cuya acción misteriosa nadie explica.  
 Jamás descansa el númen prepotente  
 el principio sin nombre  
 de toda dicha y bien fecundo agente  
 que en las movibles ondas del ambiente  
 pone la vida y la salud del hombre.  
 Jamás ha descansado  
 ni puede descansar el increado  
 espíritu de amor que une y combina  
 los átomos, que al mundo da cimiento,

que la celeste bóveda ilumina  
 y hace girar con precisión divina  
 á los astros en sabio movimiento.  
 Jamás halla reposo  
 la humana inteligencia,  
 el fuego portentoso,  
 invisible sostén de la existencia;  
 el alma, llama en lámpara de hielo  
 que al universo alumbraba,  
 y si el cuerpo se rinde ella se encumbra  
 y pesa y mide la región del cielo;  
 y desplegando sus divinas alas  
 mientras la vil materia yace inerte,  
 hace de ellas magníficas escalas  
 para subir á engélicas mansiones  
 y en su luz encontrar inspiraciones.

El reposo y el sueño, de la muerte  
 prólogo son; cuando en innoble calma  
 persiste el cuerpo, desmayado, inerte,  
 y en abismos de sombras se hunde el alma;  
 cuando se extingue la inefable lumbré  
 de la excelsa razón que de Dios viene,  
 y el hombre, descendiendo de la cumbre  
 de su elevado ser, ya ni vislumbre  
 de su conciencia oscurecida tiene;  
 cuando errante en confuso laberinto  
 de seres y de ideas, se detiene,  
 torpe, imbecil, sin luz y sin instinto,  
 á la quietud de su letargo suave  
 ¿no prefiriera horrible calentura  
 á ser discreto pensador y grave?

Sí, que el sueño es la misteriosa llave  
de la estrecha y helada sepultura.

¡Reposar es no ser! ¡Oh!.. si cesara  
la sangre activa que tu sueño vela  
de circular, si el corazón ardiente  
que es de tu vida fuente,  
incansable, perpétuo centinela,  
entre el ser y las sombras de la nada  
de moverse dejase un solo día,  
sólo una hora, ¡oh Carlos! hallaría  
tu grandeza imperial nunca igualada  
en la honda tumba fúnebre morada.  
Vuela, no te detengas, ni un instante  
calmarse debe tu indomable brío.

—¿No lidié, no venci, no es aun bastante  
á mi ambición? ¿Con ánimo arrogante  
no puedo yo exclamar ¡El mundo es mio!—  
dijo el monarca.

La mujer entonces,  
dando impulso á su cólera violenta,  
gritó:—¡Perezca tu ambición mezquina,  
que sólo con un mundo se contenta!  
La perfecta ambición jamás se extingue;  
su mano al cielo y al abismo alcanza,  
mientras un *más allá* claro distingue,  
loca en pos de él intrépida se lanza.

—¿Y mi esposa, y mis hijos? ¡Oh tirano  
destino! Su plegaria lastimera  
escucho, que me llaman, aunque en vano.

—De un monarca en el pecho sobrehumano  
es más sublime la pasión que impera,  
¡el amor de los hijos y la esposa!...

¡Solaz perpétuo de ánimos vulgares  
que arrastrando cadena ignominiosa  
cual esclavos habitan sus hogares!  
Hija tuya soy yo; tus pensamientos  
me engendraron; propicia la fortuna  
me dió nobles alientos;  
tu pecho, en sus febriles movimientos,  
á mi niñez prestó soberbia cuna.  
Hija tuya y esposa soberana,  
me profesaste amor y fuiste mio.  
¿Hoy me olvidas? Pues bien. Verás mañana  
trocado en polvo vil tu poderío.

—¡Imposible!

—Sin mí, de tus rivales  
presa serás. Prosigue en tu carrera.

—¿Aun más sangre?

—Es preciso. Cuanto vales,  
cuanto poder fulgura en tu bandera,  
¿no se compró con sangre?

—De mis fieles  
pueblos quiero el reposo.

—Si te falta  
el brillo de tus bélicos laureles,  
si el férvido entusiasmo que hoy exalta  
á tus nobles vasallos y guerreros  
se debilita, ¡oh Carlos! no lo extrañes,  
el rayo abrasador de sus aceros  
contra tí volverán. No más empañes  
con pueriles escrúpulos tu gloria,  
no aniquiles el sol de tu victoria.

—¡El estrago y la muerte donde quiera!  
Bellas flores jamás; tan sólo espinas

pude hallar en mi rápida carrera.  
 El áureo trono que en mis sueños viera  
 es un montón de escombros y ruinas.  
 Sobre él, la espada sin cesar desnuda,  
 á un mundo desolado dicto leyes;  
 la tempestad eterna me saluda,  
 mintiendo aplausos con su voz sañuda,  
 y me ven con terror pueblos y reyes.  
 Francia agoniza; Italia infortunada,  
 viendo cercano el fin de su existencia,  
 con entusiasmo generoso evoca  
 sus recuerdos de ayer; Milán, Plasencia,  
 lagos de sangre son; corre el Tesino  
 de purpura vestido, y ve sembrado  
 de tristes ayes su triunfal camino;  
 Flandes sucumbe; España moribunda  
 por tierra y mar ostenta su bandera;  
 es ya sólo un cadáver, pero vence,  
 como el valiente Cid á quien venera.  
 ¡Baste ya! ¿No es mejor abrir los brazos,  
 siempre de acero fúlgido cubiertos,  
 unir los hombres con amantes lazos,  
 convertir en pensiles los desiertos,  
 declarar á la ciencia soberana  
 entre lauros y mirtos y fulgores  
 y que al arte, su esposo, brinde ufana  
 cetro de paz bajo dosel de flores?

—No te asombren las iras de la guerra,—  
 exclamó la mujer—ni el ver trocada  
 en mar de sangre la afligida tierra.  
 El águila de rayos coronada  
 hiende los aires y jamás se asusta;

fuego de tempestad hierve en su seno,  
 y el hórrido fragor del raudo trueno  
 proclama fiel su dignidad augusta.  
 Tu imagen es. El génio belicoso  
 siente noble fruición en el combate;  
 de la gloria inmortal el rostro hermoso  
 ve lucir entre el fuego, y no se abate,  
 que con heróico ardor su pecho late.  
 Oro y poder sobre tu trono vean  
 los hombres por tu esfuerzo sometidos;  
 deja á los necios que piadosos sean;  
 el sentirse envidiados y temidos  
 es placer que aun los dioses saborean.  
 ¿Qué importa al mundo si el veloz torrente  
 bajo montañas líquidas sepulta  
 el fértil llano, el pueblo floreciente  
 que dobla mústia de dolor la frente?...  
 Entre esas ondas férvidas se oculta  
 tras la abundancia el gozo de mañana,  
 cual viven entre el llanto los amores.  
 Con el riego de sangre brotan flores  
 de indecible belleza soberana.  
 En su trono de estériles ruinas  
 recibe el génio admiración y honores;  
 allí se ve inundado en los fulgores  
 de lás moradas del edén divinas.

—¿Y qué quieres de mí?

—Que enamorado,  
 no me apartes, ¡oh Carlos! ni un momento  
 del corazón; que activo y agitado  
 des en mis brazos tu postrer aliento.  
 Quiero brillar en todas tus ideas;

ser el númen constante que te guíe;  
 que despierto y dormido tú me veas,  
 astro que en las vigiliás te sonríe  
 ó te manda los sueños que deseas.  
 Quiero darte deleites y dolores,  
 imperar en tu pecho y en tu mente.  
 La deidad he de ser á quien adores,  
 á quien ofrezcas culto reverente.  
 Tus vasallos, tus hijos y tu esposa  
 cual las estrellas ante el rey del día  
 desvanescanse al punto. ¡No tolero  
 otra luz en mis ojos que la mía!  
 Grande eres, sí, pero mayor te quiero.

*Entonces amorosos se miraron  
 y con profundo anhelo se abrazaron.*

—¡Grande seré!—de gozo estremecido—  
 Carlos gritó—que en arrogante vuelo  
 sabré arrancar su autoridad al cielo,  
 y de su luz espléndida vestido  
 y armado de su fuego prepotente,  
 ¿quién habrá que orgulloso y atrevido  
 no doble en mi presencia la alta frente?  
 ¡Truene el cañón! Su horrisono estampido  
 entre aplausos y vítores me aclama.  
 Los fervorosos himnos de la fama  
 pudieron sólo deleitar mi oído.  
 Cubrirá la justicia con su escudo  
 los desastres y horrores de la guerra,  
 y ser podré lo que ninguno pudo,  
 no ya un rey, sino un dios sobre la tierra  
 Siempre triunfante, en alas de la gloria.

oiré á los vientos y á los anchos mares  
 en su divino idioma los cantares  
 repetir, que eternicen mi memoria.  
 ¡Nobles lauros de Roma y de Pavía,  
 reverdeced! La ciencia, la poesía  
 y el arte, en maravillas tan fecundos,  
 recorrerán la luminosa vía  
 que trazo con mi espada en ambos mundos.

### CANTO III.

#### ENAMORADO DE LA MUERTE

---

La escena es en Yuste

---

En la estrecha región de un monasterio  
 la obra fatal de su soberbia llora  
 el que á dos mundos extendió su imperio,  
 dos mundos de que España era señora;  
 el que viviendo en triste cautiverio,  
 presa de la ambición dominadora,  
 fué esclavo cuando rey omnipotente  
 y libre cuando humilde penitente.

Allí encuentra descanso, y allí empieza  
 á ver el mundo sin que el bello prisma

de la ilusión le engañe; su grandeza  
allí se oculta huyendo de sí misma;  
allí ostentando varonil alteza  
en honda reflexión su alma se abisma,  
y tras de largos años de amargura  
ve la aurora lucir de la ventura.

¡Qué quietud y qué plácido sosiego  
reinan en los humanos corazones  
cuando después del torbellino ciego  
que rugiendo levantan las pasiones,  
trocado en humo su ardoroso fuego  
y en auras de placer los aquilones,  
cansado el pecho de anhelar, reposa  
en soledad tranquila y deleitosa!

Gratas memorias de la edad pasada  
pálido brillo dan á lo presente,  
cual fingen melancólica alborada  
los tibios arreboles de Occidente.  
El alma en el reposo regalada  
da libre espacio al vuelo de la mente,  
que la ofrece la imagen de otros días  
de azares, de esperanzas, de alegrías.

Como el débil enfermo que en sus horas  
de soporosa y lánguida dulzura  
recuerda con terror las brilladoras  
visiones de su ardiente calentura,  
y desoye las voces tentadoras  
que le ofrecen delicias y ternura,  
tras de las cuales hondo paroxismo  
puede abrir á sus pies el negro abismo;

Carlos, el génio que en brillante vuelo  
los timbres alcanzó de la victoria;  
que satisfizo en fervoroso anhelo  
sus sueños de ambición, su afán de gloria;  
que arrancó su poder al mismo cielo,  
dejando absorto al númen de la Historia,  
vió pasar á sus pies la sombra vana,  
el humo vil de la grandeza humana.

Y en su celda pacífica y austera,  
entre suspiros de aflicción profundos,  
puso bajo una rota calavera  
el áureo cetro que rigió dos mundos.  
La noble voz de la verdad severa,  
dando á sus pensamientos errabundos  
segura dirección, les marca el puerto  
de eterna luz á la virtud abierto.

.....  
Era á fin de Noviembre. El aura fría  
del Otoño, que lánguida soplaba,  
nubes de funeral melancolía  
al fondo del espíritu llevaba.  
Con lágrimas el sol se despedía,  
y el húmedo celaje le lloraba  
pálido al verle y de tristeza lleno,  
extinto ya el calor en su ancho seno.

En pos del corvo arado van cantando  
con penetrante voz los labradores,  
los amarillos granos derramando  
que engendran al morir fruto de amores:  
los árboles se agitan suspirando,  
que temen del invierno á los rigores,

y entre mortales íntimas congojas  
lentos sacuden sus marchitas hojas.

Por la enrejada y tétrica ventana  
de la modesta celda donde habita  
mústio el monje imperial, de oro y de grana  
vivo un rayo de luz se precipita,  
reflejando en la frente soberana  
que ante una cruz extática medita,  
y á la vez canta un pájaro inocente  
la excelsa magestad del sol Poniente.

Aquel pájaro, humilde y fiel amigo,  
anuncia á Carlos la naciente aurora:  
ahuyenta de su celda al enemigo  
tenaz remordimiento que devora  
su corazón; de su pesar testigo  
le ve llorando y en sus trinos llora;  
y le augura, del mundo en la mudanza,  
dulces horas de paz y de bonanza.

¡Oh! ¡Cuántas veces el sonoro acento  
de aquel ave que al cielo bendecía,  
la amarga queja, el rudo juramento  
en que Carlos á solas prorrumpía,  
veloz detuvo y convirtió el lamento  
en sonrisa de cándida alegría!  
¡Cuántas veces, venciendo á la distancia,  
goces le trajo de la tierna infancia!

Cubrióse al punto de lozanas flores  
el corazón del regio penitente;  
de la bella ilusión los resplandores  
volvieron á brillar sobre su frente;

recordó sus brevísimos amores,  
que espantados huyeron tristemente  
al rugir de la guerra rencorosa,  
sus caros hijos, su perdida esposa.

Aquel ave tal vez enamorada,  
y madre acaso, por la vez primera,  
hizo al rey abarcar de una mirada  
el cuadro inmenso de su vida entera.  
Pasar miró su juventud dorada  
entre fúlgidas nubes, tan ligera,  
como el veloz divino pensamiento  
que mundos mil recorre en un momento.

Dibujóse el placer en su semblante,  
y de un grato delirio arrebatado  
vivió feliz, con júbilo incesante,  
en la hermosa región de lo pasado;  
sintióse joven y encontró delante  
un porvenir de flores matizado:  
la fortuna otra vez le sonreía  
y otros goces más puros le ofrecía.

Mas ¡ay! de pronto el formidable trueno  
de la inflamada pólvora retumba;  
por vez primera Carlos en su seno  
siente pavor; en sus entrañas zumba  
aquel ronco huracán de furia lleno  
que á su postrera dicha abre la tumba,  
que el último consuelo le arrebató,  
que le arranca la vida y no le mata.

Envuelta en humo el ave encantadora  
que profunda pasión al monje inspira,

gotas de sangre por su herida llora;  
 quiere un adios cantar... y torpe gira.  
 Sorprendióle en su amor muerte traidora,  
 y el himno bello en su garganta espira  
 dedicado á la gloria del guerrero  
 que cambió por la cruz el noble acero.

Cual de un volcán en erupción creciente  
 la desprendida lava hirviendo flota  
 y rauda inunda el seno de la fuente  
 que envuelta en lirios en el valle brota,  
 dejando en vez de linfa trasparente  
 líquido fuego que jamás se agota,  
 así Carlos con ímpetu violento  
 trueca en cólera el dulce sentimiento.

Su alma parece solitaria nave  
 por encontrados vientos combatida;  
 ser Dios quisiera para dar á el ave  
 que fué su bello encanto nueva vida;  
 quiere vengar su muerte, mas no sabe  
 cómo ni en quién, y su razón perdida  
 tras densas nubes que la luz la ocultan,  
 halla sólo recuerdos que la insultan.

Las lágrimas, la sangre, los horrores  
 que su largo reinado ennegrecieron;  
 los ayes de dolor desgarradores  
 que al tronar del cañón respuesta dieron;  
 las madres que la luz de sus amores  
 en sombra eterna convertida vieron;  
 todo Carlos lo mira, y en su mente  
 por singular prodigio está presente.

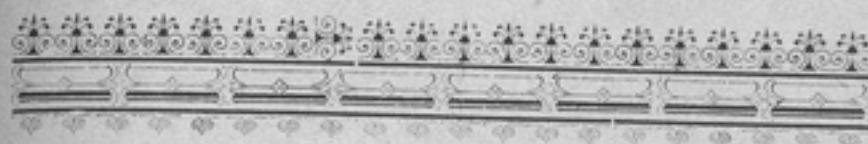
—Yo fui—exclama—el génio de la guerra;  
 el alcázar brillante de mi gloria  
 fundé sobre ruinas, y á la tierra  
 con el peso abrumé de mi victoria.  
 Esta piedad que el corazón encierra  
 es mi cruel verdugo: mi memoria  
 hace caer la sangre que he vertido  
 en mi pecho cual plomo derretido!!!

El suave sentimiento un solo instante  
 pudo tener entrada en su alma fuerte,  
 y con golpe mortal le hirió triunfante  
 al verle débil la enemiga suerte.  
 Desde entonces el pálido semblante  
 y la opaca mirada de la muerte  
 prometiéronle fúnebre ternura,  
 y fué su nuevo altar la sepultura.



*A. D. Pedro Calderón*





## A D. PEDRO CALDERÓN

### ROMANCE

**R**EY de todos los poetas  
que ilustraron con sus obras  
el nunca desierto templo  
de nuestra escena española,

Calderón, ingenio insigne  
que en plácida paz reposas,  
la gloria de Dios gozando,  
más que la profana gloria:

Si de la mansión luciente  
do quizás ciñes corona  
más bella que las diademas  
que á los príncipes adornan

Descender puedes un punto  
á la región de la sombra

donde el aplauso te llama  
con rica y egregia pompa,

No vendrás lleno de orgullo  
en la frente vencedora  
á ostentar nuevos laureles  
que eternicen tu memoria.

Lleno de divina ciencia,  
entre mil nubes de aromas,  
ángel puro desprendido  
de las cumbres luminosas

Donde la verdad sin velo  
y la belleza sin formas  
contemplan las almas justas  
que la paz del cielo gozan,

Tal vez llegues á decirnos  
palabras consoladoras  
que á los ímpetus violentos  
de la soberbia se opongan

Lo fugaz de nuestra vida  
que hermosas quimeras forja  
y al soplo de la fortuna  
huyen luego y se evaporan;

La pequeñez de los hombres  
que engañaron á la historia  
con efímeras grandezas  
que abultan viles lisonjas.

En sublimes enseñanzas  
hacer quieres que conozcan

los que se agitan en busca  
de apariencias ilusorias.

Todo es cual aire ligero  
que fúlgida luz colora,  
bello para quien le mira,  
vano para quien le toca.

Perseguidor de la dicha,  
incansable el hombre boga,  
y amargos piélagos surca  
cortando enrespadas olas;

Mas en lugar de las islas  
encantadas do ambicionan  
su planta fijar, encuentra  
leves nubes que el sol dora.

La vida es sueño liviano,  
y á veces la mente absorta,  
ante las desgracias ríe,  
ante las venturas llora.

Mas ya tú lo consignastes  
en las inmortales obras  
que ufana España conserva  
como inestimables joyas.

